

Hoy no puede haber lecturas ingenuas de la problemática del trabajo.

La sociedad y la política ubican en el centro de sus inquietudes y de sus pugnas la cuestión del desempleo, del subempleo, de la precarización del empleo, de la obsolescencia de capacidades y de las personas para el capital, de la caída en los salarios reales y de los derechos históricos de los trabajadores.

La sociedad requiere de sus intelectuales respuestas al pretendido “fin del trabajo” que para las mayorías sería, de hecho, el fin de su derecho a una vida digna.

Sin duda que las formas del trabajo deben experimentar transformaciones fuertes ante la revolución tecno-organizativa que impulsan el capital y el Estado. Pero, como acaba de reconocer Joseph Stiglitz, el ex presidente del Banco Mundial, el programa impuesto de flexibilización del trabajo –vendido como promesa de resolver el problema del empleo- está siendo usado para bajar aún más los salarios y aumentar aún más el desempleo, y para legitimar acciones que, por momentos, entran en el campo del delito: asociada a la evasión fiscal, al incumplimiento de las regulaciones laborales aún existentes, a las convenciones internacionales del trabajo que se declaran pero no se cumplen, y al incumplimiento de los derechos establecidos en las constituciones nacionales. Como ocurrió con la convertibilidad del peso y la convertibilidad fiscal, la flexibilización laboral se impone tecnocráticamente y sin consulta, como fórmula mágica o como condición para participar del mundo global. Se apela a la “responsabilidad” internacional para justificar la irresponsabilidad social.

Alrededor de la cuestión del trabajo se genera hoy uno de los procesos de manipulación ideológica y lucha cultural. Es preciso disputar el terreno al neoliberalismo que opera tan bien como paradigma que se nos filtra a través del sentido común impidiendo pensar alternativas.

Es sin duda necesario que los investigadores asuman una posición objetivante, describiendo sin ocultamientos los fenómenos, mostrando la realidad de las causas, el sentido y las consecuencias que sobre el trabajo tiene una reestructuración libre del capital global. Pero también es preciso hacerlo desde una posición: asumiendo la defensa de los derechos de toda la ciudadanía a vivir con dignidad y la urgencia de buscar alternativas viables para efectivizarlos.

Si se temió a la centralidad del poder del Estado, ahora podemos ver lo que significa haber substituido la necesidad de democratizar el estado desde las bases con la imposición desde arriba y afuera de la libertad irrestricta del capital. Aceptar como verdad absoluta que la economía de mercado hegemónica por el capital financiero no puede tocarse sin provocar un caos, equivale a naturalizar las estructuras actuales del poder y renunciar a la democracia.

Necesitamos estudios precisos, rigurosos, pero también la osadía de conjeturar y soñar alternativas económicas que vuelvan a poner al trabajo en el centro de la sociedad.

Es imprescindible que haya más análisis con metodologías participativas, en que científicos y actores sociales y económicos –viejos y nuevos- piensen juntos orientados por una utopía de sociedad democrática e igualitaria, análisis que fundamenten la hipótesis de que esta misma realidad encierra posibilidades superiores a las que proyecta el programa neoliberal. Es preciso aprender de las innumerables experiencias -buenas y malas- que tenemos en la historia y en el presente de América Latina para sistematizar esas experiencias y construir un marco de comprensión y de orientación de la acción en lugar de esperar que desde Europa nos llegue la nueva consigna.

En esto, no hay un único camino. Sólo quiero mencionar aquí la posibilidad de superar las políticas sociales asistencialistas e insostenibles, y generar políticas públicas socioeconómicas que, desde Estado y la Sociedad, promuevan el desarrollo de una economía del trabajo, que contrarreste a la lógica del capital, y que pugne por

introyectar sus propios valores y criterios de eficiencia en la economía pública, hoy convertida en empresa fiscal instrumentada por el capital financiero.

Desde la sociedad, es evidente la expansión de redes locales, regionales e internacionales de economía solidaria centrada en el trabajo, muchas de ellas orientadas por el cristianismo de base, así como la reciente iniciativa de la CUT, que luego de cinco años de discusión ideológica y política redefinió el programa socialista y lanzó junto con una red de más de 70 universidades brasileñas una acción para la creación de un sector de economía cooperativa y solidaria, sin por eso abandonar la lucha por los derechos de todos los trabajadores. Esto nos muestra que viejas y nuevas historias y actores colectivos pueden entrecruzarse para movilizar a las decenas de miles de activistas, promotores, maestros, comunicadores, técnicos, políticos, investigadores en una revolución activa del trabajo (y no pasiva, como contracara de la del capital) equivalente a la revolución del capital.

Desde el Estado, sigue faltando una redefinición fuerte de las políticas públicas hoy “naturalizadas”, para verdaderamente devolver su centralidad y dignidad al trabajo. De allí la centralidad de confrontar con ideas y fuerzas la ideología economicista neoliberal.

Esperamos que los trabajos de este seminario avancen decisivamente, planteando un nuevo punto de partida para investigaciones que inspiren acciones colectivas –de las agencias estatales y de las organizaciones sociales y no gubernamentales- capaces de modificar el curso actual de los acontecimientos.

Desde nuestro lugar, como universidad nacional, como investigadores-docentes y al servicio de los procesos de desarrollo humano, vamos a seguir dando prioridad a estas cuestiones y confiamos en poder ser parte de un movimiento amplio de ideas, propuestas y acciones renovadoras en esta materia.